

FIGURAS DEL AMIGO EN LA FENOMENOLOGÍA NARRATIVA DE SIMONE WEIL

Isabel Ruiz de Temiño. Universidad de Zaragoza

El pensamiento de Simone Weil sobre la amistad es uno de los más lúcidos y penetrantes al respecto. En este sentido podría incorporarse, sin exageración alguna, a una tradición que inauguran Platón, Aristóteles y San Agustín. No es el momento de resumir esa teoría weiliana de la amistad humana, ni siquiera de explorar ese rótulo general bajo el que cae como forma de amor implícito al bien o lo divino.

Lo que importa es algo más restringido, a saber, la figura del amigo, los modos en los que esa figura se presenta, porque esa figura y los encuentros con la misma, como fenómenos suyos, indican quién o qué es el yo. Sirven como relatos del yo en la medida en que éste es *correlativo* a un otro, es decir, que viene a ser constituido, identificado y también desbordado por la figuración del amigo. Si no se pierde de vista este doble movimiento de construcción y destrucción del yo a través del amigo, tal vez uno pueda comprender por qué el primero es para Weil, en el fondo, un tejido de ficciones y deseos truncados. Por qué en definitiva, el destino final de la filosofía es el de dejar al yo herido de muerte, reducido a lo impersonal.

Que el amigo posee un poder consustituyente para el yo se nos demuestra por vía negativa. Es la muerte del amigo la que hace tesis de esta constitución, ya que al morir éste, el yo, dice Weil, queda disminuido: «Los que amamos y aquellos por los que somos amados dan una existencia objetiva, reconociéndolos, a ciertos valores nuestros. Distintos para cada amigo. Nosotros somos como un compuesto de estos valores. Cuando un amigo muere somos amputados»¹. El significado filosófico de la amistad parece que no puede establecerse, al menos desde las *Confesiones* agustinianas, sin una intromisión de la experiencia del duelo². Como si querer al amigo fuese inseparable del anticipo de su muerte. Esta anticipación presagia, predice, lo que *ya* somos ahora mismo, aunque lo seamos bajo el velo de la ignorancia. Que el otro vaya a morir, que lo haya hecho o todavía tenga que hacerlo, incrementa el conocimiento sobre lo que uno es, y no sólo se trata de un incremento, sino de un verdadero cambio de dirección, de una conversión o *metanoia*. Se descubre que el yo es un yo menesteroso del amigo, que lo necesita. De alguna manera su mismidad se confunde con ese necesitar mismo. En este sentido el amigo me pone a prueba, esto es, si sólo busco en él un bien las condiciones de la amistad no se realizan: «cuando un ser humano resulta en alguna medida necesario, no se puede desear su bien a menos de dejar de desear el propio»³. Obviamente esto tiene la fuerza de una coacción o imposición, pero Weil no entiende que una amistad pueda ser débil. Que pueda evadir cierta dependencia con respecto al amigo. El amigo es ese hábito imprescindible sobre el que no se tiene derecho alguno: «es necesario en algún grado todo aquello cuya pérdida causa realmente una disminución en la energía vital»⁴. Por otra parte, el yo entrevé que lo que necesita *en* el amigo, ese necesitar que excede

¹ S. Weil, *Oeuvres Complètes. Tomo VI. Cahiers. Volume 2*, Gallimard, París, 1997, p. 317.

² S. Agustín, *Confesiones*, Libro IV.

³ S. Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993, p. 123.

⁴ S. Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993, p. 123.

a lo mismo y lo ex-propia, también es excesivo con respecto al otro. En la muerte presentida o presagiada brilla el poder de la relación en sí misma, y no hay que olvidar que Simone Weil eligió para esta idea de la relación, incluso ya exenta de sujetos correlativos, el nombre de *logos*, esto es, el de mediación o proporción.

Eso mediador, que resplandece más allá de la finitud de lo mediado, es lo divino mismo. Esta es la razón por la que, lejos de prohibirse el pensamiento de la muerte del amigo, Simone Weil lo autoriza como un ejercicio saludable, espiritualmente benéfico. Lo que no quiere decir que haya algún placer en hacer tal cosa. En realidad es algo que casi no se puede hacer y siempre hay que reanudar desde el principio. En cada momento el pensamiento está vinculado a cada amigo singular. Uno se desprende con el pensamiento *siempre* de este o aquel amigo, no de la necesidad de hacer amigos. Como escribe Simone Weil recordando a Auguste Breal: «Ahora ya no lo imagino vivo y su muerte no me resulta intolerable. Su recuerdo me resulta dulce. Pero no puedo tolerar la muerte de otros, que entonces no conocía, y cuya pérdida me haría el mismo efecto»⁵.

De esto no es posible hacer filosofía. La atadura con lo singular es demasiado recia. Se aprende una vez pero no sirve lo aprendido de una vez por todas. A menos que haya algo en el amigo que esté más allá de su misma existencia. Este más allá posee para Weil un significado sobrenatural, es del orden de la gracia, y no por ello está menos arraigado en la experiencia común de la amistad. Del mismo modo que unos amigos concretos y no otros son los que el azar ha ido poniendo en el cruce de caminos de la vida de un hombre, y la vida de éste no puede entenderse sin la de ellos, hay algo común en la narración de las historias de los hombres que son atravesadas por las de los amigos: es un mismo sentimiento de presencias, de realidad, de vínculos, de tiempo compartido, el que se percibe.

Del amigo hay que gozarse bajo dos modos: el de la presencia y la ausencia. También en este sentido dirá Weil en *El conocimiento sobrenatural* que Dios es el amigo por excelencia⁶, presente en la belleza del mundo y en los quehaceres más cotidianos a la vez que radicalmente ausente, contraído y exiliado del mundo. De ese Dios-amigo, que espera infinitamente alejado de nosotros, aprendo en qué consiste la verdadera mendicidad. Cómo el don al amigo supone siempre el incremento de mi deuda.

Presencia y ausencia son afecciones de la mirada. No es que el objeto no sea realísimo, pero su estar presente o su estar ausente, su no estar en definitiva, dependen de la atención, de la fuerza y dirección de la mirada. De la misma forma que, para Weil, la negación de existencia por parte del ateo puede ser un homenaje a la realidad de lo negado con tanto más derecho que la afirmación del idólatra, hay maneras de la ausencia que son radicalmente más fuertes y reales, en términos de existencia, que las presencias fingidas.

El amigo *excedido*, dice Weil, ya que se necesita al amigo porque no se puede prestar siempre atención al bien, puesto que esa atención resultaría al cabo insoportable, como la que solicitaría una enamorada molesta que, colgada del brazo de su amante, repitiese incansablemente: te quiero, te quiero, te quiero, etc.⁷. Luego, en cierto sentido, se mira al amigo en lugar de mirar hacia otra parte: «la amistad es para mí un beneficio incomparable, sin medida, una fuente de vida, no metafórica, sino literalmente. Pues siendo inhabitable no sólo mi cuerpo sino también mi alma envenenada por el sufrimiento, mi pensamiento tiene que trasladarse a otra parte. No puede habitar en Dios sino por cortos espacios de tiempo. A menudo habita en las cosas. Pero sería contrario a la naturaleza que un pensamiento humano no habitara nunca en alguna cosa humana. Así la amistad da literalmente a mi pensamiento toda la parte de su vida que no le viene de Dios o de la belleza

⁵ S. Weil, *Oeuvres Complètes. Tomo VI. Cabiers. Volume 2*, Gallimard, Paris, 1997, p. 297.

⁶ S. Weil, *La connaissance surnaturelle*, Gallimard, Paris, 1950, p. 91.

⁷ S. Weil, *La connaissance surnaturelle*, p. 77.

del mundo»⁸.

Podría tratarse de una dirección tomada en falso, demasiado vinculada a un nombre singular. Simone Weil se debate toda la vida entre su pasión por la amistad y el riesgo de que el amigo hiciera pantalla de otros amores más altos y otras aventuras. De un amor puramente impersonal, enfrentado al prójimo como representante o ejemplar de cualquier otro, de un otro cualquiera.

¿Se es amigo de alguien cuando uno es capaz de vender el alma para tenerlo? La necesidad del amigo es sentida con fuerza desde el alma que ama: «Se trata de algo todavía más corruptor que el amor. Tú venderías tu alma por amistad...»⁹. Pero, con la misma claridad que se presenta ante uno que sería capaz de venderse por amistad, se admite la imposibilidad de esta economía. La amistad pertenece a las cosas que se imponen por encima de medidas y reembolsos. Sin embargo, si uno no reconoce que sería capaz de llegar hasta ese límite, a renunciar a su ser a cambio de la amistad, no está preparado tampoco para recibirla. Simone Weil hablaba de ser capaz de la soledad para la amistad. Pero esta soledad tendría que ser la soledad a pesar de uno mismo. La soledad del que siente en todos sus matices la existencia del otro, a la vez que experimenta su absoluta independencia sobre quien no sueña tener ningún derecho.

De ahí la complejidad de otro ejemplo imaginado por Weil en *Intuiciones Precristianas*¹⁰. Creo reconocer a un amigo por la calle, me acerco para darle un abrazo y me doy cuenta de que no es él, que me he equivocado. Detrás de todo lo que se ama hay un amor al bien, pero ese bien amado no es forzosamente el bien reconocido. Pudiera ser que me haya confundido con respecto a la persona. Pero, en último extremo, también me equivoco de persona cuando abrazo al amigo, aunque el amigo sea precisamente la persona que creía haber reconocido. Me equivoco al acertar.

Se acierta porque la vida es clara e inequívoco el placer del encuentro. Se yerra porque la vida no es la única claridad. También uno afirma en la renuncia. Lo arrancado del corazón es siempre una de sus pertenencias. Del mismo modo que se niegan no pocas cosas al decir que sí. Allí los dos riesgos son la idolatría del nombre, del amigo singular, pero también el miedo, la virtud que, lejos de prodigarse, se cobija bajo los escrúpulos o el resentimiento. Contra ambos riesgos alerta Weil continuamente. Previene contra toda detención apresurada: por un lado amo a x y ya no hay nada más que querer, por otro sólo debo querer a y , así que mataré mi amor por x en lugar de buscar a su través el de y . En general la prueba para saber si uno quiere bien es el paso al límite. Agotar todas las fuerzas en el amor al amigo, no quedarse uno con nada de este amor, pero sabiendo que, a través de éste, uno ama algo que es inaccesible, imposible de alcanzar en el mundo. Lo que uno prueba en verdad es la imposibilidad. Es a través del amor al amigo, sin evadirme de él, como me doy cuenta de su insuficiencia. La impotencia, el sueño, dice Simone Weil, por el contrario, no prueban nada. Si me quedo en el amigo me cierro en la impotencia, me equivoco, confundo a x con el bien, pero si no quiero a x , si no quiero al mundo, tampoco aprenderé de la imposibilidad del bien. El amigo es aquel que me enseña, porque le amo, que mi hambre de bien le trasciende.

Se ha repetido de Weil que es una pensadora marcada por el peso de la desventura. Lo cierto es que lo está, y no menos, por el peso de la alegría. Al menos siempre que se entienda que la alegría también pesa y agrava. En realidad la desventura y la alegría puras son dos modos de abnegación del yo, dos vías simétricas y complementarias por las que lo real viene a ser encarado sin ilusiones ni compensaciones imaginarias. En este sentido recurre a la figura del amigo que me aprieta la mano o que me habla mientras sufro un fuerte dolor de cabeza¹¹. La fuerza del amigo me hace daño y sin embargo me alegra sentir, gracias a ella, la presencia del ser querido. La voz del amigo duele pero no pido que se calle, porque su presencia reconforta.

⁸ S. Weil, *Carta a Joë Bousquet* en *Pensamientos desordenados*, Trotta, Madrid, 1995, p. 58.

⁹ S. Weil, *Oeuvres Complètes. Tomo VI. Cahiers. Volume 1*, Gallimard, París, 1994, p. 152.

¹⁰ S. Weil, *Intuitions pre-chrétiennes*, Fayard, París, 1985, p. 71.

¹¹ S. Weil, *Oeuvres Complètes. Tomo VI. Cahiers. Volume 2*, Gallimard, París, 1997, p. 337.

Nada solicitaría uno con mayor fuerza que un amigo y sin embargo, dice Weil, la amistad no debe buscarse. Buscar la amistad es traicionarla de alguna manera. Como taponar la distancia con un proyecto, un programa o una decisión de la voluntad. Lo que no quiere decir necesariamente que la amistad no se desee. No se trata en verdad de eso. Pero el deseo a la altura de la amistad no es sino espera, obediencia al tiempo y a los retardos. Incluso si esa demora abarca la extensión contable de una vida. Sobre todo si es verdad que la abarca. Porque el deseo puro, del que el deseo de amistad no es sino presagio, es un querer del bien, esto es, de lo imposible. El deseo se vuelca hacia un objeto desconocido. Es un deseo sin objeto, a la espera del mejor amigo, que es siempre el amigo del que nada puedo saber.

Consentir en el tiempo da a la amistad su fijeza y permanencia. No en vano Weil suscribe la concepción aristotélica del vínculo con el amigo como una virtud: «La amistad no se busca, ni se sueña [...]; se ejerce (es una virtud)»¹². La pertinencia narrativa del amigo con respecto al relato de la propia vida tiene que ver con la naturaleza de la virtud misma. De ella dice Aristóteles que es elección (*proairesis*), aun cuando se derive de una disposición (*hexis*)¹³, de este origen en un modo de ser, Weil recogerá el valor ontológicamente inspirador del amigo. El amigo camina junto a mí como un guía que me hace entrar en el plano de la realidad. La amistad, cuando es real y recíproca, da al hombre conocimiento sobre sí mismo. Le supone como tener un espejo en el que se ve reflejado. Pero este caminar uno al lado del otro es la travesía de un orden impuesto. En este sentido la amistad viene a tomar su fuerza de la espera, de la humildad que nos hace súbditos del tiempo. Se pregunta Weil por qué fenómeno una carta de alguien al que se ama otorga la energía que se echaba de menos una hora antes de recibirla. ¿Cómo podría recuperarse esa energía sin la carta? La energía está atada a la espera: «Hace falta fijar en una misma otras ataduras. Y, por tanto, no puede hacerlo una misma»¹⁴. La carta del amigo llega a destino porque mi yo está abierto a la duración. Porque, lejos de poseer una identidad cerrada y autosuficiente, soy destituido por toda suerte de nudos y ataduras.

El amigo cambia de ciudad, la relación se ve impedida por la inercia de las cosas, el amigo muere, pero yo sigo necesitando. Hay que recorrer lo sugerido por esa necesidad que sobrevive a su posible satisfacción. Hay que hacerlo hasta el final. Se plantea el franqueo del límite y la imposibilidad. El límite se actualiza en la distancia encendida con respecto al amigo. El verdadero amigo está siempre lejos incluso cuando se encuentra a mi lado. En el amigo se ama la distancia.

* * *

Isabel Ruiz de Temiño
I.E.S. Primo de Rivera
c/ San Nicolás de Francia, 10
50300 Calatayud

¹² S. Weil, *Oeuvres Complètes. Tomo VI. Cahiers. Volume 1*, Gallimard, París, 1994, p. 144.

¹³ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, VIII 1157b 29-30

¹⁴ S. Weil, *Oeuvres Complètes. Tomo VI. Cahiers. Volume 2*, Gallimard, París, 1997, p. 306.